

Domingo Corpus Christi

Deuteronomio 8, 2-3. 14b-16a; 1 Corintios 10, 16-17; Juan 6, 51-58

«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que Yo daré es mi carne por la vida del mundo»

14 junio 2020 P. Carlos Padilla Esteban

«Esa comunión espiritual tiene una fuerza que desconozco. Tiene Jesús una presencia que me desborda. Una presencia suya muy fuerte en mi familia, en mi iglesia doméstica»

Tengo claro que no quiero ser vanidoso. Incluso si me lo llaman diré que no es cierto, que no lo soy. Puede que se equivoque quien me juzga. O quizás soy yo quien no veo las intenciones escondidas en mi alma. ¿Seré de verdad vanidoso? El orgullo y la soberbia se esconden en los pliegues de mi corazón. Y al mismo tiempo me doy cuenta de lo verdaderamente importante en la vida. Es la humildad lo que todos valoran en los demás. Pero aún teniéndolo claro veo cómo son pocos los que quieren cultivar ese rasgo en su personalidad. Como si la humildad estuviera asociada con la debilidad, con la pusilanimidad o la fragilidad. Me evocan un alma enferma que no tiene nada en su haber de lo que poder gloriarse. Jesús me pide que sea manso y humilde de corazón. Pero mi orgullo me lleva a ser poco manso y a buscar el reconocimiento. Me vuelvo competitivo. El P. Kentenich decía: *«Si quiero llegar a ser humilde, debo saber primeramente que soy alguien, debo saber que represento algo con consistencia propia. De otro modo, no puedo cultivar una humildad adecuada. Lo que tendré en ese caso será siempre, en el fondo, una conciencia de inferioridad»*¹. La humildad tiene que ver con la verdad. No quiero caer en la falsa modestia. Si hago algo bien no necesito ocultarlo. Lo importante es que lo viva con libertad, sin complejos y sin crearme importante. No quiero caer en la vanidad y el orgullo. Pero a veces pretendo que no destaque el que destaca. Deseo que no triunfe el que triunfa. Que no sea alabado el que hace algo bien. El problema entonces es mío. Como esa monja que decía: *«Clavo que sobresale en comunidad con un buen martillazo se iguala»*. La envidia me hace mucho daño. Logra que desee el mal de otros. O que no obtengan demasiados bienes. Me comparo y pienso que los demás son más amados, más valorados, más tomados en cuenta que yo. *«La envidia es la tristeza por un bien que posee el prójimo en cuanto implica un menoscabo o un perjuicio para uno mismo»*². La envidia entristece mi ánimo, nubla mi espíritu y me quita la paz. La humildad entonces tiene que ver con mi verdad. Necesito aceptarme y quererme como soy. Amarme en mi valor, para poder darme sin miedo. Ser yo mismo sin pretender que todos me amen. No quiero caer en la vanidad ni en el orgullo. No me dará más felicidad ser mejor que otros. No me hará sentir mejor el fracaso de los que brillan. Eso no es lo importante. Lo que vale es ser yo mismo y ser fecundo siéndolo. No es necesario que oculte mis dones y talentos. Dios los puso en mí para que los entregara. No lo hago por vanidad, sino por amor a la vida, al servicio. Esa actitud del corazón es la que deseo. Miro a Jesús en su verdad. Él sólo me pide que sea manso y humilde de corazón. Que no busque el reconocimiento ni la alabanza. Que no pretenda ser mejor que nadie. Sólo me pide que sea experto en lo que sé hacer bien. Experto en el amor, en la entrega. Experto en ese don que ha sembrado en mi alma. Marcos Abollado, en una comunicación que hizo en la CIEE³ explicaba, citando a Malcolm Gladwell, que para alcanzar la excelencia en una materia, uno debe acumular de diez mil horas de práctica. Puedo ser experto en el don que tengo, si lo cultivo. Puedo ser experto en alegría, si invierto muchas horas siendo alegre. Pero puedo ser experto también en la queja, si no dejo de quejarme todo el día. Es importante que sea experto en dar el don que Dios ha puesto en mi corazón. No quiero guardarme

¹ King, Herbert, *King N° 2 El Poder del Amor*

² King, Herbert, *King N° 2 El Poder del Amor*

³ Comunidad internacional de Empresarios y Ejecutivos schoenstattianos

lo que tengo alegando que sólo busco ser humilde. Estoy siendo egoísta cuando no comparto lo que Dios me ha dado. Puede que en algún momento Jesús me pida que renuncie a entregar mi talento. Pero que no suceda porque busco, amparado en una falsa modestia, pasar desapercibido. Eso no es lo que Dios quiere. Quiero cuidar no caer en la vanidad. La humildad es un don de Dios que suplico cada día. Un don que brota de una experiencia sanadora: saberme amado profundamente por Dios y amado por los hombres. Ese amor me salva. No necesito mendigar reconocimiento ni exigirlo. La humildad me hace consciente de mi pobreza. Soy niño, pobre, hijo. Es Dios el que conduce mi vida y me lleva hasta su corazón. Su carne, su cuerpo, son mi camino de santidad. La pobreza es el camino que tengo para tocar mi debilidad. La experiencia de la humillación me acerca con facilidad a la humildad. Cuando soy difamado, criticado, o juzgado soy más humilde. A veces me defiendiéndolo pretendiendo defender la verdad. Jesús guardó silencio. Fue manso y humilde. Es lo que me pide. Que acepte con humildad las críticas, aunque sean falsas. Los juicios, aunque no se correspondan con la verdad. Jesús vivió esas humillaciones y me ha mostrado el camino que he de seguir. Deseo esa humildad unida al amor. Comenta el P. Kentenich: *«Humildad sin amor es inconcebible, sería siempre una enfermedad, no sería humildad»*⁴. Humildad amando mi verdad. Sin rencor hacia nadie. Sin desprecio hacia los demás. **Estoy llamado a ser humilde y lleno de compasión.**

Me asusta esta nueva normalidad de la que hablan. Esa normalidad tan llena de prohibiciones e impedimentos. ¿Será una vida castrada la que me ofrecen? De mí depende. Me da miedo moverme entre señales de tráfico que señalan límites infranqueables, resaltan las no posibilidades que tengo ante mí y los caminos que no puedo recorrer. No pierdo el ánimo ni la esperanza. Tengo claro que está en mi mano alterar el mundo, cambiar los vientos, disponer nuevas rutas antes imposibles y lograr que las corrientes del mar cambien su rumbo. Está en mi corazón que se puede abrir si dice que sí a los nuevos deseos de Dios para mi vida. ¿Será posible vivir sin miedo cuando es tanto lo que puedo perder? Puedo perder más de lo que ya he perdido. Puedo ganar más de lo que nunca he ganado. La actitud del alma es la que lo cambia todo. El otro día escuchaba una canción de Fito Páez: *«¿Quién dijo que todo está perdido? Yo vengo a ofrecer mi corazón. Como un documento inalterable. No será tan simple como pensaba, como abrir el pecho y sacar el alma. Una cuchillada del amor. Y te daré todo y me darás algo, algo que me anime un poco más. Cuando no haya nadie cerca o lejos, yo vengo a ofrecer mi corazón»*. Lo importante es la entrega de la vida, del corazón. ¿A quién le entrego el alma, la vida, el corazón? A alguien que no me hiera, no me mate y no me deje solo. Es importante lo que ofrezco y a quién se lo entrego. Miro a Dios en este tiempo incierto. Vengo a ofrecerle a Él mi corazón. Como María al abrir su alma ante el Ángel de Dios. Un hágase que me rompa por dentro. Vengo a ofrecer el alma, abriendo el pecho. Y dejando que Dios en su Espíritu me penetre. No quiero una nueva normalidad que norme mis pasos, vigile mis gestos y acabe con mi voz. No quiero dejar de expresar lo que llevo dentro. No dejaré nunca de ser normal, de ser yo mismo, de amar por entero, de vivir entregado. No dejaré nunca de soñar nuevos caminos, nuevas vidas, nuevas formas de entregar el mismo amor que nace dentro de mi alma, de mi vida. Ese amor siempre nuevo. Como la vida que me regala el Espíritu que lo hace todo nuevo. Jesús hacía todas las cosas nuevas en su camino a la cruz, muriendo. Es lo que yo quiero en este tiempo nuevo que Dios me regala. No quiero volver a lo de antes. No quiero una nueva normalidad llena de reglas. Quiero, eso sí, una nueva forma de vivir, de amar, de decir te quiero. Una nueva pasión por la vida que se me regala como un don, cuando pase esta tempestad que me asola. Quiero una nueva forma de seguir los pasos de Jesús agradecido, con el viento dentro, muy dentro. Lo importante es entregar mi corazón. Ahora de forma nueva, venciendo los miedos que quieren poner límites a mis pasos y vender muy caro el abrazo más tierno. Quiero una nueva forma de entender la vida en la que lo más valioso será lo personal, lo humano. Porque es en lo humano, en lo más humano, donde Dios se hace presente y vivo: *«Lo humano es la puerta que nos permite entrar en lo divino. De hecho, las experiencias más intensas de comunicación, de amor humano, de dolor purificador, de belleza o de verdad son el cauce que mejor nos abre a la experiencia de Dios»*⁵. Y he acariciado mucho lo humano en este tiempo sin pensar que estaba

⁴ J. Kentenich, *Milwaukee Terziat*, N 21 19er

⁵ José Antonio Pagola, Arturo Asensio Moruno, *El camino abierto por Jesús*. Juan

acariciando a Dios con mis pobres manos. Así que le digo que sí a ese Dios que ha entrado en el espacio sagrado de mi tienda, donde soy yo mismo, un niño abrazado a la pierna de su madre. Con miedo a soltarse y caer del nido. No importa el salto siempre que sepa a quién le entrego mi confianza, mis intimidades, mis deseos más hondos y verdaderos, mis proyectos más sublimes. No importa mientras tenga claro que no quiero escribir sobre la arena verdades profundas, porque las olas del mar se llevan mis letras. Escribiré mejor con mi propia sangre las verdades que hoy me despiertan. Sí, sueño con un mundo nuevo. No con un mundo normal. No con una vida como la de antes. Sé que hacer todas las cosas nuevas es un reto. Más aún cuando tiendo a esclavizarme en rutinas. Acepto el reto de estos cielos nuevos que rompen en un rojo intenso al caer la tarde de mi vida. Y me ato a la vida con mí sí sincero. Sí, quiero, yo vengo a ofrecer mi corazón. Comenta el P. Kentenich: *«El alma desciende nuevamente por la ‘escala de Jacob’ del amor. Ama nuevamente la patria, los bosques y las flores, la familia y los amigos, el arte y la ciencia. Pero los ama con un amor nuevo: no ya porque el yo terreno los apetezca, sino por el bienamado Padre del Cielo, que ha creado todos esos bienes y quiere ahora que su hijo se alegre por ellos»*⁶. Quiero un amor nuevo, más libre. Una mirada nueva, más agradecida. Un corazón nuevo, más compasivo y solidario. Un abrazo nuevo, más hondo, hasta lo más profundo del alma. Una vida nueva revestida de esperanza. Unos pasos nuevos, más confiados en medio del mundo. Unos límites nuevos, los que Dios despliega ante mis ojos. Unas palabras nuevas que llenan de esperanza. Unos vínculos nuevos, que nadie pueda romper porque están forjados en el corazón herido de Jesús. Una nueva forma de vivir amando el presente, sin temer tanto el futuro. **Con mi anclaje en lo más profundo del corazón de Dios.**

Me gustan las personas con ideas claras. Esas que no se amilanan ante el primer inconveniente en medio de su camino. Aquellas que luchan contra la marea, contra los vientos contrarios, queriendo llegar siempre al puerto marcado. Me gustan los hombres de una sola idea, capaces de vencer en todas las adversidades porque arde un fuego en sus corazones que los anima a seguir luchando. Comenta Nietzsche: *«Temo al hombre de una sola idea»*. Es temible ese hombre que no es fácilmente manipulable. Sabe lo que quiere, tiene claro hacia dónde va, ama la idea que habita su alma e incluso, cuando las circunstancias son adversas, no duda, no se desanima, sigue corriendo y creyendo que todo es posible. Ese hombre insobornable me asusta. No tiene un precio. No se le puede comprar. Tiene un gran amor en su alma y no deja que se apague, que se ahogue, que muera. El otro día leía una frase de François de La Rochefoucauld: *«La ausencia disminuye las pequeñas pasiones y aumenta las grandes, lo mismo que el viento apaga las velas y aviva las hogueras»*. Quisiera ser yo también así. Tener una idea, un fuego en el alma, un sueño, una pasión por la vida que no se apaga con el viento, ni con la ausencia. Quisiera mantenerme fiel en el tiempo perseverando por aquello en lo que creo. Me dicen que soy obsesivo a veces. Que me empeño en algo y no cejo hasta que lo consigo. Como una ardilla que no deja de perseguir esa bellota que desea. Tengo algo de eso, y es que no quiero ser de los que cambian volátilmente de una cosa a otra desperdiciando la vida, dependiendo de lo que los demás ven, creen o piensan. Me gustaría perseverar hasta la línea de meta, entregándolo todo sin querer guardarme nada. Llegar hasta el final movido por el viento. Quiero ser fiel a ese sueño que Dios ha sembrado en mi alma. Creo en las personas que se juegan la vida en todo lo que hacen. Toman la iniciativa, se ponen en camino, no aguardan a que los demás hagan lo que es de todos. En esta entrega no llevan cuenta del bien que hacen, no se comparan. No tienen miedo a perder y se arriesgan. Confían en que siempre pueden ganar. Pero lo más importante es que se dan por entero sin temer la posibilidad de la derrota. Viven sin reservarse nada. Sin miedo a perderlo todo. He descubierto a mi alrededor personas enamoradas de la vida que la aman hasta el final. Y me he topado con otras que sufren sin amar con ese miedo a perder que congela sus almas. Elijo el fuego de las primeras. Y me duele la angustia de las segundas. Muchas personas ante las contrariedades y dificultades se vienen abajo y no luchan más. Desconfían del futuro. Como si las cosas no fueran a mejorar nunca. Conozco a otros que están construyendo para la eternidad y no se desaniman cuando comienzan los pequeños fracasos que trae la vida. Cuando se levantan muros que impiden ver el futuro ellos se alzan por encima y miran el mañana. Creo en esos enamorados de

⁶ King, Herbert, *King N° 2 El Poder del Amor*

Dios y de la vida que confían no sé bien cómo en un futuro prometedor que aún no ven. Quiero ser yo de esos que sueñan con lo imposible en medio de tantos desastres. Quiero ser yo de los que levantan castillos en el aire aún sin tener medios para hacerlo. Quiero ver oportunidades donde muchos ven posibles derrotas y viven con miedo. Me gusta la alegría confiada de los santos que no se acaba nunca y los lleva a luchar empeñados contra toda adversidad. Me gustaría contagiar confianza en todo lo que hago y encender el fuego en otros corazones en las batallas. Si soñamos un sueño común, las posibilidades de conseguirlo aumentan. Si consigo que mi idea la sueñen otros mi idea se volverá más fuerte, eso siempre pasa. Hay un anhelo de infinito muy dentro de mí. Comentaba Marcos Abollado en una conferencia: *«El tiempo es la excusa de los cobardes. ¿Tengo un sueño o una visión? Es necesario convertir un sueño en visión. Dar un primer paso»*. Cuando el sueño se convierte en visión todo cambia. Dejo de construir castillos sin sentido y me pongo manos a la obra. Mi sueño es realizable y se convierte en pasión, en proyecto, en deseo compartido por otros, ya no solo mío. Una visión puede cambiar la realidad y hacerla mejor de lo que es ahora. Temo al hombre de una sola idea. Ese luchador movido por una pasión que habita su alma. Es lo que yo quiero. No me desanimo. **Me pongo en marcha y aparto los impedimentos que quieren detener mis pasos.**

Me gusta de vez en cuando mirar hacia atrás con el corazón agradecido. Me gusta pensar en mi historia santa que voy haciendo de la mano de Dios. Él teje una obra de arte con los hilos torpes y frágiles de mi carne y mi alma. Ha respondido a mi anhelo profundo y me ha abierto una puerta en medio de las oscuridades de la noche. Una puerta llena de luz. Me ha conmovido su paso rápido o lento a mi lado, guardando la distancia. Para no presionar, para no invadir, para no forzar la libertad que Él tanto respeta. He palpado su mano cuando todo parecía perdido. Como ahora, cuando veo desmoronarse a mis pies el mundo con el que he soñado. No era perfecto, pero estaba lleno de mis hábitos, de mis sueños, de mis pasos. Cuando todo se rompe de golpe sin que yo tenga la culpa sólo me queda caminar en medio de mi desierto. No aflojar el paso, no calmar la voz, no dormir la fuerza de mi voluntad firme y segura. Sólo me queda confiar como si al final del túnel fuera a aparecer una luz segura, un rayo constante, un fuego que dé claridad a mis pasos oscuros. ¿Cómo no seguir confiando cuando miro la historia de los santos en la que Dios ha estado oculto, agazapado, dispuesto a dar el salto por salvar una vida? Hoy escucho cómo el pueblo de Dios camina cuarenta años por el desierto. Tiene dudas, miedos y desean de volver a su hogar abandonado, donde eran esclavos, pero vivían seguros y saciados. Dios se compadece de su pueblo, de su hijo y se convierte en su compañero inseparable, de forma especial en los tiempos más duros: *«Recuerda todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón. Te alimentó con el maná para hacerte reconocer que no sólo de pan vive el hombre, sino que vive de todo cuanto sale de la boca de Dios. No olvides a tu Dios que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud, que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con serpientes abrasadoras y alacranes, un sequedal sin una gota de agua, que sacó agua para ti de una roca de pedernal; que te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres»*. Me gusta cómo hace memoria el pueblo judío. ¿No se parece ese desierto al tiempo que vivo ahora? Quisiera que todo pasara y poder llegar a una tierra prometida y desconocida al mismo tiempo. Un hogar todavía no habitado. Una riqueza que aún no he degustado. Me recuerda ese desierto en el que agua y el pan son escasos al tiempo que vivo ahora. También siento que me falta pan, que me falta agua. El hambre y la sed de infinito en este desierto de la pandemia. Dios me quiere dar sólo un maná como alimento, igual que a ese pueblo esclavo que escapaba hacia la libertad. ¿No soy yo un esclavo de tantas cosas en mi vida aburguesada? Esclavo de placeres y posesiones. Esclavo de éxitos y deseos satisfechos. Esclavo de dinero y logros. Sí, lo soy, y vivo ahora en el desierto echando de menos como el pueblo judío las comidas de mi tiempo de esclavitud. Esclavo, pero con el estómago lleno. Ahora sueño con ser libre con el estómago vacío. Tengo hambre y sed y sólo recibo un maná temporal, que se echará a perder el mismo día, como el que comía el pueblo judío en ese desierto. Dios viene a mi vida para cada día. Me alimenta para cada jornada. Pero yo le pido a Dios que me garantice el futuro, los próximos meses. Quisiera congelar el pan para ir sacándolo cuando fuera necesario. No me basta ese maná caduco de un día. Tengo miedo a la provisionalidad de mi vida. Sólo un día garantizado. Dios no pudo salvar la vida de Jesús a mi manera, como yo hubiera deseado. Usó otro camino, el menos

pensado, el menos esperado. También el menos soñado para Él, pero los hombres fueron libres. Salvó a Jesús desde la cruz devolviéndole la vida, cuando ya estaba muerto. Lo mismo hará conmigo, aunque ahora me parezca que se derrumban todos mis seguros, mis fortalezas, mis pilares. Todo parece venirse abajo en medio de una pandemia sin final claro, sin ver la luz al final de la oscuridad del túnel. Tengo miedo como esos niños que no quieren cerrar los ojos en medio de la noche. Temen los fantasmas y los ruidos que la oscuridad guarda. Surge el miedo en mi alma al pensar en todo lo que viene. No hay certezas, no hay seguridades. Me asusta esta vida esquivada. Guardo ese maná diario en mis manos queriendo sostener la vida, retenerla hasta su último aliento. No quiero que llegue el final de lo que amo. Deseo el comienzo de lo que sueño y sigo caminando por el desierto. Pesa el sol de los miedos. Duele la fatiga de una vida llena de amenazas. ¿Quién protege mi vida? Dios la protege. La de ahora temporal y sobre todo la eterna. Esa que se hará plena en un cielo que ahora ni imagino. ¿Cómo no voy a dar gracias a Dios por todo el bien que me ha hecho, y por todo el bien que me hará? Quiero alabar a Dios con las palabras que he rezado en el salmo: «Alaba a tu Dios, Sion. Que ha reforzado los cerrojos de tus puertas, y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. Ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina». Dios me bendice para cada día. Sujeta mis pies para que no den malos pasos. Sostiene mi alma para que no se deje llevar por la desesperanza. Cada día tiene su afán y preocupación. Jesús camina cada día dándome su alimento. Su cuerpo y su sangre. El maná que necesito para seguir soñando y sufriendo. **Todo en sus manos.**

Me detengo a meditar en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo. Jesús ha querido quedarse conmigo. En su Cuerpo y en su sangre. Me conmueve ese amor tan de Dios, tan humano. Hoy escucho: «*El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan*». Somos un mismo cuerpo al comer de su Cuerpo. Somos una misma sangre al beber su Sangre. La unión con Jesús me une a muchos como hermanos. Pienso en la comunión que me une a todos los que comulgan. Es el don de la unidad. Aún así, participar del mismo pan y cáliz no me une a otros por arte de magia. Judas comió del mismo pan que Jesús partió y poco después lo traicionó. No bastó esa comunión en la comida y la bebida en ese día lleno de sombras y luces. En la oscuridad Judas se dejó tentar. Optó por la división, por la ruptura. Es cierto que a veces hay que romper con algo para iniciar algo nuevo. Pero Judas optó por un camino de muerte. Rompió el vínculo invisible del amor que se hizo lavado de pies. Y prefirió la soledad antes que la comunión que ofrecía el Maestro. Se quedó solo y dejó solo a Jesús con un beso con olor a muerte. La muerte de Jesús dio paso a la vida. Y la comunión con Él se hizo más fuerte. Comer de su cuerpo y de su sangre me une de una forma antes desconocida. Es verdad que me une a otros compartir con ellos la mesa, el techo, las ideas, los sueños. Pero la unión en Jesús supera las fronteras físicas, las fronteras entre la vida y la muerte. Ser de Cristo hace que todas las cosas sean nuevas. Es una amistad que nunca muere, nunca desaparece. Podrán morir otras amistades. Pero esas que están fundadas en Cristo son para siempre. Comer su Cuerpo y beber su Sangre me une de forma misteriosa a tantos que no conozco. Un mismo Cuerpo de Cristo. Una misma vida. Los mismos sueños y anhelos. Es un regalo de Dios. Pero no es magia. ¡Cuántas divisiones entre los que comen un mismo pan! No siempre resulta bien. Hoy vuelvo a creer en el don de la unidad. Compartir esta mesa rompe las distancias, acaba con las fronteras, con los idiomas diferentes. Me uno a todos los que ven la vida como yo. Aunque con diferencias, porque no soy una copia, soy original. Cada uno tiene su historia sagrada. El pan y el vino sellan una unidad nueva antes desconocida. Pertenecer a esta comunidad de santos, como se les llamaba en los primeros tiempos del cristianismo, es un regalo de Dios, no un derecho. Poder participar de la comunión no es un premio por mi buen comportamiento. No pertenezco a una comunidad de inmaculados. Todos pecamos. Yo peco. Me alejo de Dios y no soy fiel. Poder comulgar es mucho más que un derecho, es un don, una gracia. Es gratuito, no me lo merezco. Es alimento para el camino. Es una necesidad. Es un viático que me da fuerzas para la lucha. Es un regalo que me permite vivir de su amor, cuando compruebo que quiero vivir orientado a Dios. Como decía S. Ignacio de Antioquía: «*No encuentro ya deleite en el alimento material ni en los placeres de este mundo. Lo que deseo es el pan de Dios, que es la carne de Jesucristo, de la descendencia de David, y la bebida de su sangre, que es la caridad incorruptible. No quiero ya vivir más la vida*

terrena». Me gustaría vivir así todos los días, deseando el cielo, aspirando a pasar por la puerta que se me abre hacia lo alto. No lo hago siempre. Me apegó de forma excesiva a los gustos del mundo. Empiezo a disfrutar muchos otros alimentos, todos esos alimentos de este mundo que me encantan. ¿Acaso está mal? No lo está siempre que no sea en exceso, siempre que no me olvide del cielo. Es verdad que es bueno que ame la tierra, muy bueno que viva amando en lo humano. Jesús hizo sagrado lo humano con sus pies y sus manos de carne. Jesús se queda conmigo en su Cuerpo y su Sangre, en medio de mi camino. Quiere que comulgue, que viva de la comunión. Quiere esa intimidad conmigo cuando está en mi alma y me susurra palabras de amor, y yo a Él. No siempre he valorado tanto como ahora la comunión sacramental. Ahora en esta pandemia me invitan a la comunión espiritual. Me piden que la reciba con el corazón abierto. Sólo los sacerdotes hemos podido recibirla todos los días. Soy consciente de la ausencia que provoca no poder comulgar cada día. Añoro la comunión sacramental que no es posible en tiempos de guerra como los que vivo. Confinado participo en la eucaristía de forma virtual. Renunciar a estar con otros en misa es una forma de ser solidario. Es una renuncia por amor. No porque me lo prohíban. Yo la elijo. Es un acto de madurez, es la forma que tengo de ser generoso. Esa comunión espiritual tiene una fuerza que desconozco. Tiene Jesús una presencia que me desborda. Me gustaría que fuera de otra forma, pero no lo es. No puedo romper las normas que el mundo me pide que respete. Por cuidar la salud de los más vulnerables. Me lo pide el mismo Jesús. Parece contradictorio, pero no lo es. Él se encargará de darme en este tiempo una presencia suya muy fuerte en mi familia, en mi iglesia doméstica. Me regalará una hondura en mi relación con Él que nunca hasta ahora he disfrutado. Eso es lo que le pido. La comunión nunca es un derecho exigible. Es más bien un don inmerecido para todos. Para el sacerdote que de forma milagrosa consagra el pan y el vino en sus manos. Y para el que lo recibe no por ser puro, **sino por ser un hombre enfermo que necesita esta presencia para sanar.**

Hoy Jesús me dice que Él es el pan de vida: *«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que Yo daré es mi carne por la vida del mundo»*. Y sus palabras llevan al escándalo. ¿De verdad no me escandaliza pensar que Jesús pueda partirse para darse? ¿No me confunde que al partirse por todos, no sólo no disminuya sino que aumente el poder de su presencia en cada uno? Es incomprensible. Yo me he acostumbrado a lo imposible. Lo adoro, lo recibo, sin darle el valor que tiene. Es un milagro que pueda recibirlo entre mis dedos y llevármelo a la boca. Es un milagro que su presencia me haga mejor persona. No comulgo porque soy bueno, comulgo para ser más humano, más compasivo, mejor hijo. La comunión es una gracia que no siempre fue comprendida. Las palabras de Jesús resultan escandalosas: *«¿Cómo puede este darnos a comer su carne?»*. A veces hasta a mí me pude llegar a escandalizar. Pero Jesús me lo vuelve a recordar: *«Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y Yo en él»*. Viviré para siempre si como su pan. Me gustaría sentir lo que siente S. Francisco: *«Francisco utiliza en cierta ocasión una imagen: - El alma ha dejado todas sus inclinaciones. Desnuda está en la presencia de Dios. Entonces, se reviste nuevamente de las antiguas inclinaciones hacia los padres, el hogar, la patria y los amigos. Pero ahora se trata de inclinaciones nuevas, diferentes»*⁷. Comulgar con Jesús me hace renunciar a todo para estar vacío ante Él. Y al mismo tiempo volver a tomarlo todo entre mis manos, pero ahora con una mirada nueva. Llego a ser un hombre nuevo por la comunión. Jesús no me pide que renuncie a lo humano. No quiso que renunciara a comer su cuerpo y beber su sangre. En Él se une lo humano y lo divino, el cielo y la tierra. Leía el otro día: *«Dios está en lo íntimo de cada ser humano. No es algo separado de nuestra vida. No es una fabricación de nuestra mente, una representación medio intelectual o medio afectiva, un juego de nuestra imaginación que nos sirve para vivir «ilusionados»*. Dios es una presencia real que está en la raíz misma de nuestro ser»⁸. Su presencia dentro de mí es real. Y esa presencia se fortalece con la comunión diaria. Recibir a Jesús me hace más parecido a Él. Hace que mis sentimientos sean más los de Cristo. Logra que me parezca más a ese Jesús que iba por los caminos bendiciendo, dando la vida. Comulgar es ese paso imprescindible para que mi vida cambie y se parezca más a su vida. Quiero los sentimientos de Jesús: misericordia,

⁷ King, Herbert, *King N° 2 El Poder del Amor*

⁸ José Antonio Pagola, Arturo Asensio Moruno, *El camino abierto por Jesús*. Juan

bondad, verdad, justicia, autenticidad, humildad, mansedumbre, esperanza, alegría. Compartió la tristeza conmigo al ver tanto dolor y no poder hacer todos los milagros que deseaba. Sufrió el dolor al sentir la dureza del corazón del hombre que no se dejaba amar. Comparte conmigo la desilusión al no ver realizados tantos planes que anidarían en su alma. Y le dolería tanto ese madero de la cruz que acababa con esperanzas humanas tan valiosas. Me gustan los sentimientos de Jesús. ¡Qué lejos estoy! Puedo comulgar todos los días por gracia de Dios. Pero no se nota. No cambio tanto como quisiera. No soy de Dios como sueño. **Miro con nostalgia al que me gustaría llegar a ser.**